

Jaque mate

Carlos Be

Jaque mate de [Carlos Be](#) se encuentra bajo Licencia [Creative Commons Reconocimiento - No comercial - Sin obra derivada 3.0](#)

A Abdiel, a Fran y a Jan

*Entra Isabel de Francia, conocida como la Loba de Francia, con su séquito.
La Loba de Francia toma asiento y da tres palmadas.*

Comienza la función.

Nos encontramos en la habitación número catorce de un motel de carretera cerca de la costa, a oscuras. De repente, una puerta se abre e irrumpen una sombra a contraluz. Una segunda sombra se detiene en el umbral.

PRIMERA SOMBRA. Nadie.

La segunda sombra tantea la pared. Encuentra y sube el interruptor de la luz. En el centro de la habitación, la primera sombra, Juan, gira sobre sus tacones. Blande un cuchillo. La segunda sombra, Tomás, empuña una pistola con silenciador. Con rapidez, Juan se dirige hacia el cuarto de baño y echa un vistazo a su interior. Hace una seña de aprobación a Tomás.

TOMÁS. *(A alguien que permanece afuera.)* No hay nadie.

Y entra Eduardo. Juan guarda el cuchillo; Tomás, la pistola.

JUAN. Voy a mear.

EDUARDO. Es como la otra.

TOMÁS. *(Entra una maleta del pasadizo y cierra la puerta tras de sí.)* No exactamente. Ésta tendrá unas vistas magníficas. El mar queda ahí.

EDUARDO. No veo nada.

TOMÁS. De día veré, Benavides, le aseguro que ahí enfrente queda el mar.

EDUARDO. No me llames por el apellido. Ya no sé cómo decírtelo: Eduardo, y tutéame, no me hables de usted, por favor.

TOMÁS. Yo no llevo corbata.

En efecto, Tomás no lleva corbata; lleva tirantes. Tomás y Juan visten de manera idéntica. Pantalones y chaqueta sport de color azul cielo, como los tirantes, y camisa amarilla. Por encima de la camisa, cruza una bandolera y, bajo la pernera derecha a la altura del tobillo, una brida de cuero para el cuchillo. Eduardo, en cambio, viste como un ejecutivo. De hecho, lo es. Un alto cargo. Por eso lleva corbata, corbata azul marino, como la chaqueta, el pantalón y los zapatos. La camisa es de un azul más luminoso. Tomás vacía la maleta encima de la cama. Eduardo coloca la ropa en el armario.

EDUARDO. ¿Puedo encender la radio?

En la mesita de noche hay una radio. Tomás la enciende. Suena a todo volumen una canción moderna muyailable. Juan sale del cuarto de baño entusiasmado. Se le van los pies con la música e interpreta el tema con vehemencia.

EDUARDO. ¡Tampoco es para tanto!

JUAN. ¿Qué dice? ¡No le oigo!

Eduardo baja el volumen.

JUAN. ¿Qué dice?

EDUARDO. Que tampoco es para tanto.

JUAN. A mí me gusta. Una noche podríamos salir a bailar.

TOMÁS. No digas estupideces.

JUAN. Por favor... Llevamos ya tres noches sin salir, de motel en motel...

EDUARDO. ¿Adónde?

JUAN. Fifty-fifty.

EDUARDO. ¿Dónde?

JUAN. Fifty-fifty. Usted elige el lugar y nosotros lo bailamos.

TOMÁS. Esta noche estás especialmente gracioso, Juan.

JUAN. Pues espera y verás.

Eduardo se deshace el nudo de la corbata.

JUAN. ¿Quiere acostarse, Benavides?

EDUARDO. No, es muy pronto. Me ducharé, a ver si me relajo un poco.

TOMÁS. ¿Le pido algo para cenar?

EDUARDO. No tengo hambre, gracias.

Eduardo entra en el cuarto de baño para ducharse. Juan dirige una mirada de complicidad a Tomás pero éste no le corresponde. Eduardo se asoma por la puerta.

EDUARDO. ¿Dónde he dejado el neceser?

TOMÁS. *(Saca el neceser de un bolsillo de la maleta y se lo tiende.)* Aquí. Nosotros nos vamos afuera. No queremos molestarle más.

EDUARDO. Gracias, Tomás.

TOMÁS. De nada.

JUAN. Hasta mañana.

Juan sale al pasadizo.

TOMÁS. Hasta mañana.

Eduardo sale del cuarto de baño con una toalla anudada a la cintura.

EDUARDO. Si quieres coger algún botellín del minibar...

TOMÁS. No, gracias. Estamos de servicio.

EDUARDO. Estáis de servicio las veinticuatro horas.

TOMÁS. Es necesario.

EDUARDO. ¿Tan, tan peligroso es?

TOMÁS. No lo sabemos pero mejor demos por sentado que sí. Por lo que pueda pasar.

EDUARDO. ¿No tienes, no tenéis miedo?

TOMÁS. No. Sí. No por nosotros. Por usted.

EDUARDO. Ya no llevo corbata.

TOMÁS. Por... usted.

Tomás se despide y se retira de la habitación. Durante unos instantes, Eduardo permanece pensativo. Después, se decide a salir al pasadizo.

EDUARDO. ¿Tomás?

Tras la puerta se encuentra Juan.

JUAN. Ha ido a estirar las piernas. ¿Quería algo? ¿La cena? ¿Se lo ha pensado mejor?

EDUARDO. No, nada. Perdona.

Eduardo cierra la puerta.

EDUARDO. Sólo quería un abrazo.

Eduardo se abraza a sí mismo.

EDUARDO. Gabi... Gabi... Gabi...

Mientras habla solo, busca por doquier un paquete de cigarrillos. Finalmente, vuelve a la puerta del pasadizo. Juan grita.

JUAN. ¡Qué susto!

EDUARDO. ¿Has visto mi tabaco?

JUAN. No. ¿Se encuentra bien? Tiene mala cara...

EDUARDO. ¿Tienes un cigarrillo?

JUAN. No fumo.

EDUARDO. ¿Tomás tampoco?

JUAN. Ya lo sabe.

EDUARDO. ¿Puedes ir a comprar?

JUAN. ¿Adónde?

EDUARDO. En recepción. Al bar. Dónde sea.

JUAN. Cuando vuelva Tomás...

EDUARDO. Puedo ir yo...

JUAN. No.

EDUARDO. Pues llámale, que vuelva enseguida y compre tabaco.

Eduardo cierra la puerta de un portazo y enciende la radio. Más música moderna. Se cansa de buscar con el dial una emisora que se sintonice bien y la apaga. Llaman a la puerta. Eduardo da un brinco.

TOMÁS. (Desde el pasadizo) Soy Tomás.

EDUARDO. ¡Adelante, adelante!

Tomás entra en la habitación.

EDUARDO. Me has espantado.

TOMÁS. Lo siento. Tenemos los nervios a flor de piel. Le he traído tabaco.

EDUARDO. Qué rápido. Gracias.

TOMÁS. Lo he comprado de camino. Me he acordado que no tenía antes de encontrarme con Juan. Aquí tiene otro paquete, siempre va bien tener alguno extra, por si se queda sin, de repente.

EDUARDO. Gracias, Tomás. ¿No tendrás fuego, por casualidad?

Tomás le prende el cigarrillo.

EDUARDO. No voy a contarte lo que he soñado hoy... El encendedor, ¿también lo has comprado ahora?

TOMÁS. No, es mío. Siempre viene bien.

EDUARDO. ¿Quieres uno?

TOMÁS. No fumo, ya lo sabe.

EDUARDO. Tomás...

TOMÁS. Dígame.

EDUARDO. ¿Te importa hacerme compañía un rato?

TOMÁS. ¿Por?

EDUARDO. Por hacerme compañía... Puedes servirte lo que quieras del minibar... Ponte cómodo...

De súbito, Tomás, al pie de la cama, se lanza sobre ésta y su identidad se desvanece para dar paso, en el mismo intérprete, a la de Gabi, quien se presenta turbador ante la mirada de Eduardo.

TOMÁS (como GABI). No me lloriquees, patito, como que no tienes a nadie.

EDUARDO. No me hables así, sabes que te echo de menos.

TOMÁS (como GABI). Con la pasta que tienes puedes comprarte lo que quieras. Y a quien quieras.

EDUARDO. Por favor... ¿Dónde estás? Anoche soñé con tus pies de nuevo. Me dabas de fumar con el pie, el cigarrillo entre tus dedos... Cuando quise mirarte a los ojos, te desvaneciste, o desperté, es lo mismo, ya no estabas. El vacío. Gabi... Gabi... Gabi...

TOMÁS (como GABI). ¡Qué desilusión: no poder comprar los sueños!

EDUARDO. Ojalá pudiera... ¡Abrazame!

TOMÁS (como GABI). ¿Y esa dulzura? Pásame un cigarrillo, anda. ¿Tienes fuego?

EDUARDO. En la mesita.

TOMÁS (como GABI). Ajá. ¿Puedo poner algo de música, patito?

EDUARDO. Claro.

Gabi enciende la radio. Suena una música antigua que estremece a Eduardo.

EDUARDO. Sublime.

TOMÁS (como GABI). ¿La música o yo?

EDUARDO. Tú. Y la música. Y el tabaco. Y tus pies... Todo. Es perfecto.

TOMÁS (como GABI). ¿Me quieres, patito?

EDUARDO. Te quiero.

TOMÁS (como GABI). ¿Dónde vas con ese par?

EDUARDO. No lo sé.

TOMÁS (como GABI). ¿Dónde te llevan?

EDUARDO. De verdad que no lo sé.

TOMÁS (como GABI). ¿No puedo saberlo? Yo también estoy amenazado de muerte, ¿sabes?

EDUARDO. Sí, sí... No sé adónde vamos, de verdad. Lejos, supongo.

TOMÁS (como GABI). Lejos, supones... ¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Decirte que estaré esperándote, que te querré siempre, metértela bien metida y largarme por donde he venido? ¡Egoísta!

EDUARDO. ¿No querías verme?

TOMÁS (como GABI). ¿Desde cuándo te importa lo que yo deseo? Entre tú y yo sólo hay lugar para tus deseos... Todo esto es un deseo tuyo...

EDUARDO. No tengo ganas de discutir, Gabi... Hoy no. Puede ser la última vez que nos veamos. Podemos...

TOMÁS (como GABI). ¿Morir? ¿Tú, con dos guardaespaldas, morir? Yo no tengo ninguno, espera, déjame contar los que tengo, no, ninguno, cero, ninguno. Vaya. ¿Tú, morir? ¿Y yo qué? ¿Se te ha pasado por la cabeza compartirlos, acaso? Puedes quedarte con el guapo, si quieres, no es mi tipo, en realidad se parece bastante a mí, ¿no? El guapo para ti, otro para mí. ¿Qué te parece? ¿Justo? No. No es esa la palabra. ¿Seguro? Sí. Seguro, aunque no suficientemente seguro. Tú necesitas, al menos, dos guardaespaldas sólo para ti. En todo, de hecho, necesitas dos.

Eduardo apaga la radio.

EDUARDO. Mi mujer lo ha dispuesto así.

TOMÁS (como GABI). De ella hablo precisamente...

EDUARDO. ¡No me dejan ni llamar por teléfono! ¡Me tienen incomunicado! ¡Te los cedería encantado pero no puedo, Isabel no...!

TOMÁS (como GABI). Oye, ¿no habrá sido también esa pécora quien ha dispuesto este encuentro nuestro? ¡Sólo me falta que digas que es ella quien te pide que te la meta bien metida!

Gabi arroja la colilla al suelo y salta de la cama. Permanece al pie de ésta y la identidad de Gabi gira y se desvanece para dar paso, de vuelta, a la de Tomás.

EDUARDO. ¡No me digas eso! ¡Abrázame, por favor, abrázame!

La toalla de Eduardo cae a sus pies.

TOMÁS. Perdona. La toalla. Se le ha caído la toalla.

EDUARDO. ¡Perdón! *(Recoge la toalla y se la anuda de nuevo.)* No sé en qué estaba pensando, qué decía...

TOMÁS. Hablaba de su mujer...

EDUARDO. Ah, ¿sí? Perdón... De Isabel... ¿Qué decía de Isabel?

TOMÁS. Que está muy preocupada...

EDUARDO. Ah, sí, que está muy preocupada. Muy preocupada. Por mí y nuestro hijo. Es normal. Suerte que piensa rápido. Yo no habría sabido actuar con su ligereza, pocas veces se equivoca... Nunca... Tomás... Disculpa... ¿No he sido impertinente contigo?

TOMÁS. ¿Quiere que me retire?

EDUARDO. No me encuentro bien...

TOMÁS. Le pediré algo para cenar. No ha cenado.

EDUARDO. No. Sí. Como quieras. Gracias. Una ducha me ayudará. Voy a ducharme.

Eduardo se retira al cuarto de baño. Tomás espera al paso del agua para acercarse a la puerta del pasadizo. La entorna lentamente.

TOMÁS. ¿Qué?

JUAN. Whisky.

Tomás abre el minibar.

TOMÁS. ¿Scotch?

JUAN. Sí.

Tomás coge un botellín y sale al pasadizo. La puerta se cierra. Tras la ducha, Eduardo se estira en la cama y descuelga el teléfono de la mesita de noche. Atiende unos segundos y enseguida se reprende a sí mismo semejante debilidad desde la identidad de Isabel, su mujer.

EDUARDO (como ISABEL). Cariño, ¿qué haces llamando? Incomunicado, cariño, quiere decir incomunicado, y no me preguntes por qué, cariño, tú confía en mí, pocas veces me equivoco, nunca, no podemos permitirnos la menor vacilación, tu vida está en juego, cualquier teléfono puede estar intervenido, ¿no lo entiendes, cariño?, ¿que he visto demasiadas películas?, ¿esto te parece una película?, te lo vuelvo a leer, aquí lo tengo, escucha, escúchame bien: «Infecto el castigo te espera morirás en casa tú y el demonio redención muerte limpieza...», no me pidas que lo olvide, cariño, te amenazan de muerte, cariño, a ti y a tu amante. Te lo dije desde un principio, que ese chico no traería nada bueno, ni a ti ni a la empresa. Lo mejor es que desaparezcas por un tiempo. Y Gabi. Es lo más seguro para todos, creo: es suficientemente seguro. No será por mucho tiempo. Y no protestes. Ten paciencia, cariño, paciencia, sé que va a ser doloroso separaros, sobre todo ahora que él está tan demandante, pero piensa también en mí, en nuestro hijo, es doloroso para todos. No saber dónde estarás, cómo... De día, horas y más horas de carretera sin destino. De noche, cambios y más cambios de habitaciones sin teléfono. Cariño, nunca has tenido bastante voluntad. Ni paciencia ni voluntad. Te conozco casi mejor que a mí misma. Sé que intentarás ponerte en contacto con él, por el amor de Dios, no lo hagas, deja el teléfono, ya lo sé, ya sé que...

Eduardo cuelga el teléfono.

EDUARDO. ... que no me encuentro bien.

Eduardo se dirige a la puerta del pasadizo y la abre. De nuevo, Juan grita.

JUAN. ¡Lo siento! Dígame.

EDUARDO. Tomás ha pedido que suban la cena. ¿Puedes decirles que traigan algo para el dolor de cabeza? Me duele la cabeza. Mucho.

JUAN. Es por la tensión. ¿Algo más?

EDUARDO. ¿Llamar por teléfono?

JUAN. Sabe que no puede.

EDUARDO. Sé que no puedo.

JUAN. Y que tampoco se lo vamos a permitir.

EDUARDO. Y que tampoco me lo vais a permitir. Lo sé. Adiós. Buenas noches.

Eduardo cierra la puerta. Inmediatamente, alguien la golpea con los nudillos. Eduardo se sobresalta.

JUAN. *(Desde el pasadizo.)* Soy yo.

EDUARDO. ¿Qué?

Juan asoma la cabeza.

JUAN. ¿Nada más?

EDUARDO. Ya me lo has preguntado. Nada más. ¡Espera! ¿En qué habitación estamos?

JUAN. ¿El número?

EDUARDO. Sí.

JUAN. *(Mira el número de la puerta.)* La catorce.

EDUARDO. Gracias.

Juan cierra la porta.

EDUARDO. La catorce. Antes era la doce. Qué noche. A lado y lado de la mala suerte.

EDUARDO (como ISABEL). Querido, ¿algún día dejarás de protestar?

Llaman a la puerta otra vez.

EDUARDO (como ISABEL). ¿Quién es?

TOMÁS. *(Desde el pasadizo.)* ¡La cena!

EDUARDO (como ISABEL). ¡Adelante!

Tomás entra con una bandeja.

TOMÁS. ¿Cómo se encuentra?

EDUARDO (como ISABEL). Ah, eres tú, Marturio. Para ti, siempre a punto.

TOMÁS. ¿Cómo dice?

EDUARDO. ¡Nada, sólo jugaba! Imitaba a mi mujer, es la mejor manera para acordarme de todo lo que dice, al menos eso dice ella, aunque a menudo se nos va la cabeza... Ella también juega a imitarme, alguna vez nos habéis visto por la casa jugando, no lo ocultes. Son juegos de pareja. Pasatiempos corrientes. Ella se hace pasar por mí, yo por ella... Ahora jugaba solo, qué remedio. Qué ironía. ¿Tú no lo haces con tu pareja?

Tomás deposita la bandeja en la mesa.

TOMÁS. No.

EDUARDO. ¿Tienes pareja?

TOMÁS. Juan.

EDUARDO. Pareja sentimental, me refiero.

TOMÁS. No.

EDUARDO. Ah. ¿Me traes algo del minibar, por favor? Algo fuerte. ¿Hay whisky?

TOMÁS. Sí.

EDUARDO. ¿Scotch?

TOMÁS. No.

EDUARDO. Qué delito. Pues agua.

TOMÁS. ¿Con gas?

EDUARDO. Sí. De la otra el coche va lleno.

Tomás abre una vitrina y coge un vaso, vacía unos pocos cubitos de hielo del congelador del minibar y vierte el botellín de agua con gas. Mientras tanto, Eduardo destapa el primero de los receptáculos de la bandeja.

EDUARDO. Sopa. Qué asco.

Destapa el segundo receptáculo.

EDUARDO. Ternera en salsa de... *(La prueba.)* De no sé qué. Qué gusto más raro. *(Remueve la salsa con la cuchara.)* ¡Dios mío!

TOMÁS. ¡Qué!

EDUARDO. ¡Una plantilla!

TOMÁS. ¿Una plantilla?

EDUARDO. Una plantilla. Una plantilla de... Una plantilla de zapato.

Le sacude una arcada y corre al cuarto de baño a vomitar. Tomás extrae la plantilla con el tenedor. Su expresión se oscurece.

TOMÁS. ¡Juan!

Juan entra.

JUAN. ¿Qué?

Tomás le muestra la plantilla. Juan parece no entender nada.

EDUARDO. *(Sale del cuarto de baño.)* ¡Necesito aire!

TOMÁS. La cena.

Eduardo abre la ventana y se asoma.

TOMÁS. ¿Y esto?

JUAN. No sé.

TOMÁS. Juan...

JUAN. No... ¿Qué es...?

Eduardo lanza un grito y se aleja de la ventana.

TOMÁS. ¡Qué!

EDUARDO. ¡En la ventana! ¡Alguien!

TOMÁS. ¿En la ventana?

Juan se asoma por la ventana.

JUAN. ¿Dónde?

EDUARDO. En la ventana, en la de al lado. Hay alguien. Fumando.

JUAN. ¿En qué ventana?

EDUARDO. La de la derecha.

TOMÁS. No puede ser.

JUAN. Es la habitación donde estábamos antes. Nadie puede haberla ocupado. Está pagada.

EDUARDO. El psicópata nos ha encontrado.

TOMÁS. ¿Cómo era?

EDUARDO. Fumaba.

TOMÁS. ¿Le has visto la cara?

JUAN. Tomás, ¿qué está pasando?

TOMÁS. ¿Puede ser alguien del hotel?

EDUARDO. ¡No! ¡Sí! ¡No sé!

JUAN. Esto no me gusta nada.

TOMÁS. Ve a mirar, Juan.

JUAN. ¿Yo?

TOMÁS. Y no tardes.

JUAN. Sí.

Juan sale de la habitación.

EDUARDO. Llevaba una bufanda roja. O un pañuelo muy largo. Muy largo. Rojo.

TOMÁS. Un pañuelo rojo... ¡Mierda! ¡Juan! *(Sale al pasadizo.)* ¡Juan!

Juan y Tomás se cruzan en el umbral. Tomás le toma del brazo y lo mete en la habitación. Cierra la puerta tras de sí.

JUAN. ¿Qué...? ¿Qué pasa?

TOMÁS. Mister M. Lo ha descrito. Es Mister M. Llevaba un pañuelo rojo...

JUAN. No puede ser. No lo entiendo. Será alguien que viste como él... Lo habrán contratado para que todo esto sea más creí...

TOMÁS. ¡Calla!

EDUARDO. ¿De qué estáis hablando? ¿Quién es Mister M?

TOMÁS. Mister M es el mejor asesino a sueldo del país. ¿No se acuerda del crimen de los siete pueblos?

EDUARDO. *(Totalmente sugestionado.)* Sí...

TOMÁS. Fue Mister M. Y nos ha encontrado.

EDUARDO. Los siete pueblos...

TOMÁS. Nunca lo atraparon... Los pocos que sobrevivieron lo describieron con un pañuelo rojo al cuello... Los pocos supervivientes que al cabo del tiempo acabarían por desaparecer.

EDUARDO. ¡Espera! ¿Cómo sabéis que viene a por mí?

TOMÁS. Lo ha visto. Es suficiente.

JUAN. ¿Él es el psicópata de los anónimos? ¡Nos matará!

TOMÁS. No si nosotros lo matamos antes. ¡Vamos, Juan! *(A Eduardo.)* ¡No abra a nadie!

JUAN. ¡Estás loco! ¿Pretendes...?

TOMÁS. ¡... cazar al cazador! *(A Eduardo.)* ¡A nadie!

Tomás empuña la pistola. Juan le imita. Salen al pasadizo, preparados para abrir fuego en cualquier momento.

TOMÁS. ¡A nadie!

Y cierran la puerta. Y de repente risas que se apagan antes de que Eduardo las descifre. Eduardo se ha quedado solo y le invade una rémora de abandono que le impulsa a acercarse a la ventana. No se atreve a asomarse de nuevo y retrocede. Se sienta a la mesa. Observa la plantilla. Y al fin la reconoce.

EDUARDO. Gabi.

Lllaman a la puerta y Eduardo se estremece. La puerta se abre y entran los guardaespaldas.

EDUARDO. Eran blancas y negras. Las había visto en un escaparate y se había enamorado de ellas. Él nunca podría comprarse unas zapatillas como aquéllas. Costaban un ojo de la cara. Se las quise regalar. Me dijo que no, que era excesivo. Le dije que para mí el dinero no tenía ningún valor y se las compré. Le iban grandes pero se había encaprichado tanto que no se las quitaba nunca. Como un niño. Sin razón. Sin aspiraciones. Sin mala intención. Le compré unas plantillas. Dos plantillas. Para que no le dolieran. De marca, también. Se puso muy contento. Como un niño. Sin esperanzas. Sólo con miedo. Le han cogido. Lo tienen. Y ahora vienen a por a mí.

JUAN. En la habitación de al lado no hay nadie.

TOMÁS. Estará al acecho vete a saber dónde.

EDUARDO. ¿Lo han matado?

TOMÁS. ¿A quién?

EDUARDO. A Gabi. ¿Lo han matado? Sus zapatillas blancas y negras.

TOMÁS. No lo sabemos.

EDUARDO. No se las quitaba nunca. El último día que nos vimos las llevaba. Hace sólo cuatro días. Parece una eternidad. Discutimos porque... Bueno, quería un guardaespaldas, decía que no era justo, que él era un inocente y que no es justo, no es justo que no esté, no es justo que tenga que vivir sin él...

TOMÁS. Quizás no ha muerto.

EDUARDO. Me querían a mí, no a él. Él es un inocente. Fue la última vez que lo vi y...

TOMÁS (como GABI). ... al menos te la metí bien metida, patito.

EDUARDO. Sí. Cierto. Y sin quitarte tus espléndidas deportivas. Tú y tu extraño sentido de la elegancia.

TOMÁS. Eduardo...

EDUARDO. ¿Sí?

TOMÁS. No soy Gabi. Soy Tomás.

EDUARDO. ¿Cómo? Te he confundido.

JUAN. No me lo puedo creer. Le falta un tornillo.

TOMÁS. A estas alturas lo raro sería que mantuviera el juicio... Eduardo...

EDUARDO. ¿Qué?

TOMÁS. Quizás esté vivo.

EDUARDO. ¿Puede que Míster M lo retenga? ¿No has dicho que era un asesino? Los asesinos asesinan...

TOMÁS. Tal vez pueda comprarle. Es un asesino a sueldo. Seguro que acepta una buena puja. Además, una plantilla de zapatilla no quiere decir nada.

JUAN. Mejor un steak tartare, ¿no?

EDUARDO. Gabi está muerto. Estoy convencido.

JUAN. Pero usted está vivo.

EDUARDO. ¿Sí? Pues sí. ¿Y? ¿Para qué me sirve?

TOMÁS. Hablamos demasiado. Tenemos que actuar. Pensemos. No podemos salir de aquí. Nos ha localizado. El asesino tendrá las salidas vigiladas. No podemos salir. Sólo tiene que entrar. Por la puerta. Por la ventana.

JUAN. No hay más entradas.

EDUARDO. ¿Por el sistema de ventilación?

TOMÁS. No, muy estrecho.

EDUARDO. Gas.

JUAN. No es su estilo.

EDUARDO. ¡Qué estilo ni que ocho cuartos! ¡Su estilo es matar!

JUAN. ¡A mí no me grite!

EDUARDO. ¡Yo grito a quien yo quiero!

JUAN. ¡Nosotros también podemos morir! ¿No se da cuenta o qué?

EDUARDO. No... Vosotros podéis iros cuando queráis. Yo no. (*Contempla la plantilla.*) ¿Envenenamiento?

TOMÁS. Prefiere el cuerpo a cuerpo. Es un carnicero. (*Tomás coge la bandeja y la vacía en el cuarto de baño.*) Recuerde el crimen de los siete pueblos.

JUAN. ¿Cómo mataría usted a alguien?

EDUARDO. Yo nunca mataría a nadie.

JUAN. ¿Cómo mataría a quien ha matado a su amante?

EDUARDO. Violentamente.

JUAN. ¿Por ejemplo?

EDUARDO. Con un hierro. Por el culo.

TOMÁS. Original. Buena idea.

EDUARDO. Es una expresión de Gabi. Para cuando algo no funciona. Algo o alguien. Hay que darle. Con un hierro. Por el culo.

JUAN. Complicada la limpieza después. ¿Míster M lleva equipo de limpieza?

TOMÁS. No tardaremos en saberlo.

EDUARDO. Quiero llamar a mi mujer.

JUAN. No.

TOMÁS. No puede.

Eduardo descuelga el teléfono. Atiende unos segundos y cuelga.

TOMÁS. No hay señal.

EDUARDO. Dadme un teléfono.

JUAN. No.

TOMÁS. No podemos.

EDUARDO. Quiero decirle que me ha dejado en manos de unos incompetentes.

TOMÁS. ¿Eso piensa?

JUAN. Que sepa que, si en vez de a usted, hubiéramos acompañado a su amante, tal vez todavía estaría vi...

EDUARDO. ¡Cabrón!

Se arroja sobre Juan. Tomás se interpone y los separa.

JUAN. Lo habría acuchillado...

TOMÁS. No perdamos los estribos, Juan. Sal.

Juan obedece a regañadientes.

TOMÁS. Eduardo, escúcheme bien. Tiene que confiar en nosotros, ¿de acuerdo? Confiar.

EDUARDO. De acuerdo.

Tomás se dirige hacia la puerta.

EDUARDO. Tomás. ¿Puedo pedirte...? ¿Puedo abrazarte?

Tomás se detiene. Eduardo avanza hacia él y le abraza. Tomás recibe el abrazo con frialdad. En su rostro, un solo instante, una mueca atroz. Se separan.

EDUARDO. Quiero preguntarte... Alguna vez, durante el tiempo que llevas en la empresa... ¿Te has acostado con mi mujer?

TOMÁS. Sí.

EDUARDO. Lo sabía. Antes, cuando has entrado... con la cena... y yo bromeaba, me ha dado la impresión, no sé por qué, cómo explicarlo, que guardas cierto parecido con Marturio. Te pareces a Gabi también pero tienes algo en la mirada que es de Marturio... Marturio es el amante oficial de Isabel. Lo sabes.

TOMÁS. ¿Le molesta?

EDUARDO. ¿Cómo?

TOMÁS. Si le molesta que me haya acostado con su mujer.

EDUARDO. Para nada. ¿Y con mi hijo?

TOMÁS. ¿Qué?

EDUARDO. Si te has acostado con mi hijo.

TOMÁS. ¡No!

EDUARDO. Aún es menor de edad. Catorce años.

TOMÁS. No me gustan los hombres.

EDUARDO. No tiene nada de malo. ¿Cuándo te acostaste con Isabel?

TOMÁS. Creo que no es momento...

EDUARDO. ¿Cuándo?

TOMÁS. Al entrar en la empresa.

EDUARDO. ¿También te cantó? O te canta, vamos, si ha sido más de una vez.

TOMÁS. ¿Mientras?

EDUARDO. Sí.

TOMÁS. En realidad, no canta.

EDUARDO. Lo sé, es playback. ¿Y su problema en la vista? ¿Te ha hablado de su daltonismo?

TOMÁS. Ella no lo considera un problema.

EDUARDO. Ya. Vete.

Tomás se despide. Eduardo enciende la radio. Suena música moderna que rápidamente, sin girar el dial, vira a clásica. Eduardo articula la letra de la música y a través de este ejercicio transita hacia la identidad de Isabel. Coloca un pie en punta sobre la cama. La toalla se abre y aparece un muslo. Tomás entra pero no es más que su intérprete que se ha transmutado en alguien bien distinto y lo podemos dilucidar por su singular mirar. La encarnación del peligro: Marturio.

EDUARDO (como ISABEL). Tengo buenos muslos.

TOMÁS (como MARTURIO). Fascinantes.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Marturio, cómo eres! ¿Te he dicho alguna vez que eres el mejor de mis amantes?

TOMÁS (como MARTURIO). ¿Mejor que ese guardaespaldas tuyo?

EDUARDO (como ISABEL). Evidentemente.

TOMÁS (como MARTURIO). No me mientas.

EDUARDO (como ISABEL). Tomás me monta como a una vaca.

TOMÁS (como MARTURIO). ¡Malhablada!

EDUARDO (como ISABEL). No me vengas con remilgos.

TOMÁS (como MARTURIO). Y tu marido, ¿cómo te monta? ¿Como si fueras un chulo?

EDUARDO (como ISABEL). Sabes que nunca lo he hecho con él.

TOMÁS (como MARTURIO). Eso es mentira. Una vez al año durante catorce años no es nunca. La primera vez para concebir vuestro hijo. Las siguientes para celebrar lo único que os une. Dicen que la tiene enorme. Muy gruesa.

EDUARDO (como ISABEL). ¿Quién lo dice?

TOMÁS (como MARTURIO). Hombres de la empresa. La más baja estofa.

EDUARDO (como ISABEL). Lo dicen por su dinero. El poder, cuanto más lejos, mayor parece.

TOMÁS (como MARTURIO). Te encanta que se hable así de él.

EDUARDO (como ISABEL). Y a ti. Y que sepan que eres tú quien me folla y no él.

TOMÁS (como MARTURIO). ¡Qué manera de hablar!

EDUARDO (como ISABEL). ¿Te escandalizo? ¡No me tomes el pelo! Venga, juguemos, pero no me engañarás, con lo que te encanta que te pida que me dejes ver la polla, tan roja...

TOMÁS (como MARTURIO). Todas las pollas son rojas para ti.

EDUARDO (como ISABEL). No. Sólo la tuya. Es la única roja. Tú, todo blanco, y tu polla, en medio, tan roja. Con tanta sangre dentro.

TOMÁS (como MARTURIO). Desnúdame.

EDUARDO (como ISABEL). ¿Conoces mi, cómo decirlo, mi peculiar manera de ver las cosas?

TOMÁS (como MARTURIO). Me lo has contado muchas veces pero sigo sin creerte, embustera.

EDUARDO (como ISABEL). Vuelve a decírmelo, por favor.

TOMÁS (como MARTURIO). Embustera.

EDUARDO (como ISABEL). (Más excitada) Mis padres se dieron cuenta enseguida. Tendría yo dos o tres años...

TOMÁS (como MARTURIO). Tus padres se tenían que haber dado cuenta antes. Una enfermedad así no pasa fácilmente desapercibida...

EDUARDO (como ISABEL). No me interrumpas. Mis padres me enseñaban a jugar al ajedrez. No entendía nada de lo que decían. Todas las casillas, iguales. Blancas. Blancas y blancas, tan blancas que desaparecían las casillas. Y las fichas. Blancas y blancas. Distinguía sus formas, los volúmenes, pero el color... Me había aprendido de memoria el nombre de los colores de las cosas, las paredes blancas de mi cuarto eran rosas, mis zapatos favoritos blancos eran verde esmeralda, los ojos blancos de mi padre al alzarme del suelo eran azul claro... No podía concebir otro color que no fuera el blanco. Por eso mis padres no lo supieron antes. No podía jugar a ajedrez. Con tres años... Y no pude jugar hasta los catorce años. Hasta los catorce años. A los catorce años perdí la virginidad. Y llegó el rojo. El primer rojo que vi fue el de la sangre. Mi propia sangre. Chillé. No entendía nada, aquello no era blanco.

TOMÁS (como MARTURIO). Fue con la desfloración...

EDUARDO (como ISABEL). No. Fue con la pasión. El rojo ascendió a mis ojos con la pasión.

TOMÁS (como MARTURIO). ¿De qué color me ves?

EDUARDO (como ISABEL). Blanco, ya te lo he dicho. Eres todo blanco. Como este dormitorio. Como el jardín. La piscina y las pistas de tenis. Y el lagar antiguo. ¿Te has fijado? Es casi todo blanco. Casi. Eduardo dice que lo veo todo como si acabara de nevar. Lo dice y engola la voz. No sé por qué, para mí la nieve no es nada excepcional. El jardín, para mí, está como recién nevado, dice. En pleno invierno. Pero hay flores rojas. Para vosotros, para vosotros debe ser... Fascinante.

TOMÁS (como MARTURIO). Como tú.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Como mis muslos!

Marturio se estrecha contra Isabel y la besa.

EDUARDO (como ISABEL). Enrojéceme.

Juan entra y se detiene en el umbral de la puerta. Actúa como si no viera a Marturio. En cambio, Marturio sí lo reconoce, aunque no como Juan.

TOMÁS (como MARTURIO). Disculpa, Isabel... ¿Es preciso que tu hijo esté mirándonos?

EDUARDO (como ISABEL). Déjale. A él le gusta.

TOMÁS (como MARTURIO). Bueno. Bien por él. Pero hoy me apetecía estar a solas contigo.

Marturio sale por la puerta.

EDUARDO (como ISABEL). Nada de que preocuparse, Todo irá bien. Volverá.

Imperceptiblemente, la música se desliza de antigua a moderna e Isabel se desvanece progresivamente.

JUAN. Lo siento. Pensaba que no le gustaba este tipo de música.

EDUARDO. No estaba escuchándola. ¿Y Mister M?

JUAN. La próxima vez que lo vea...

EDUARDO. ¿Dudas que lo haya visto?

JUAN. ¡No! La próxima vez, no se nos escapará.

Entra Tomás.

TOMÁS. Es muy tarde, Benavides. Debería intentar dormir. Nosotros haremos guardia. Mañana, a primera hora, cambiaremos el coche y nos dirigiremos hacia el norte.

EDUARDO. No tengo sueño. ¿Por qué no cambiamos de motel? No creéis que haya visto realmente a ese tipo, ¿verdad?

TOMÁS. Intente dormir, por favor.

Eduardo obedece. Saca de su neceser un frasco y toma una cápsula. Se mete en la cama.

EDUARDO. Dejo la radio encendida. Normalmente me ayuda a conciliar el sueño. Aunque hoy dudo que lo consiga. Tengo miedo de soñar con Gabi otra vez.

TOMÁS. Buenas noches.

JUAN. Buenas noches.

Juan se sienta a la mesa y deja el cuchillo a un lado. Tomás apaga la luz y se sienta junto a Juan. Juegan con las pistolas mientras hablan.

TOMÁS. Duerme. Está agotado.

JUAN. ¿Crees que ha visto a Mister M de veras?

TOMÁS. O está muy sugestionado o Isabel tiene mucha imaginación... Yo abogo por lo segundo. Creo que Isabel ha querido aderezar esta farsa con un poco de figuración extra. A ver si responde a las llamadas. No coge el teléfono. Después intento llamarla de nuevo.

JUAN. Tenemos que mantenernos despiertos. Los dos.

TOMÁS. ¿Por qué?

JUAN. También estoy sugestionado. Tengo la sensación de que algo se nos escapa.

TOMÁS. No te preocupes, te lo digo en serio.

JUAN. Antes, cuando he entrado en la habitación, Benavides me ha vuelto a hablar de manera extraña. Hablaba solo pero cuando me ha visto ha sido como si me incorpo-

rara en su conversación... Y tenía esa pose... La de Isabel. Creo que está completamente ido. No resistirá mucho más.

TOMÁS. Es lo que pretendíamos.

JUAN. ¿Y lo de la plantilla?

TOMÁS. No lo sé, Juan.

JUAN. ¿Crees que han matado a su amante?

TOMÁS. Sí. Indiscutiblemente sí.

JUAN. ¿Quién puede...?

TOMÁS. Te acuerdas de un día, llovía, hace un mes, creo, una mañana, con Isabel y su hijo, esperaban en el porche de la casa... Teníamos que recogerlos y acompañarlos a no sé dónde. Recuerda. De compras. No llovía, acababa de llover. El suelo estaba enfangado. Les recogimos en la puerta de la casa, sí, estábamos en el porche, y Marturio también estaba.

JUAN. Sí. Marturio es difícil de borrarlo de la memoria.

TOMÁS. ¿Qué le dijo Marturio al chico cuando nos acercamos con el coche?

JUAN. Eh...

TOMÁS. Recuerda.

JUAN. No lo sé. ¡Ah, sí, ya!

Tomás y Juan se trasladan al porche de la casa y en el viaje sus identidades se convierten en la de Marturio y Eddy, el hijo de Eduardo e Isabel.

TOMÁS (como MARTURIO). Qué privilegio supone, pequeño amigo mío, que, con tal de no ensuciarte los zapatos de barro, estos dos señores te acerquen el coche hasta la mismísima puerta de casa.

JUAN (como EDDY). Es natural.

TOMÁS (como MARTURIO). No. No es natural. Es un privilegio. Niño...

JUAN (como EDDY). No me llames niño que estoy a punto de cumplir catorce años.

TOMÁS (como MARTURIO). ¿Serías capaz de matar por mantener un privilegio?

Eddy calla.

TOMÁS (como MARTURIO). Yo sí.

Eddy calla.

TOMÁS (como MARTURIO). ¡Y tú!

Eddy calla.

TOMÁS. ¿Y te fijaste en la chaqueta de Marturio?

JUAN. ¿En su chaqueta?

TOMÁS. En la solapa.

JUAN. No te entiendo.

TOMÁS. ¿Llevaba...?

JUAN. ¡Una rosa! ¡Roja! Pero es vox populi que Isabel y Marturio son amantes...

TOMÁS. No estaba pensando en eso.

JUAN. ¿En qué estabas pensando?

TOMÁS. En que hay muchos intereses en juego.

JUAN. Tengo un presentimiento. Un mal presentimiento. A Marturio no le conocemos tan bien como a Isabel y Marturio es perverso...

TOMÁS. No fastidies. ¿Crees que pude haber contratado de verdad al mismísimo Míster M para...?

JUAN. Sí. Para asegurarse de que él muere. Él y, de paso, nosotros.

Tomás y Juan permanecen en silencio. En la radio, han interrumpido la emisión de música para retransmitir las noticias. Tomás corre hacia la mesita de noche y arriman el oído al aparato para no despertar a Eduardo. Juan le sigue.

«... alrededor de las dos y media del mediodía. El choque frontal ha ocasionado la muerte inmediata de sus tres ocupantes. La descripción del vehículo facilitada por la policía coincide con los datos del automóvil propiedad del empresario Eduardo Benavides, desaparecido hace tres días de su domicilio familiar. En estos instantes se está efectuando el traslado de los cuerpos para proceder a su identificación. Si se confirmara esta hipótesis, Eduardo Benavides podría haber muerto en el siniestro junto con sus dos guardaespaldas, Juan Gómez y Tomás Bustamante, principales sospechosos del secuestro del empresario. Seguiremos informando...»

Tomás apaga la radio.

JUAN. Mierda.

TOMÁS. Mierda.

JUAN. ¡El coche!

TOMÁS. Voy a mirar.

Tomás recoge su pistola y sale de la habitación. Juan empuña la pistola. Contempla a Eduardo que se revuelve en la cama, inmerso en una pesadilla. Juan apunta a bocajarro a su cabeza.

JUAN. Sería tan fácil, se acabaría todo... ¡Bang! Y largarse... ¡Mierda de radio!

Juan hunde la culata de la pistola en la radio.

EDUARDO. (Despierta de golpe) ¡Gabi!

JUAN. ¿Eh?

EDUARDO. ¿Está muerto?

JUAN. No... Creo que no...

EDUARDO. He soñado... No está...

JUAN. ¿Tomás? Ha salido...

EDUARDO. No puedo dormir. ¿Qué has hecho? Te has cargado la radio.

JUAN. No sabía cómo apagarla.

EDUARDO. Anda. Suerte que no has descubierto dónde está el televisor.

JUAN. ¿El televisor?

EDUARDO. En ese armario. Detrás de ti.

JUAN. ¿Hay un televisor ahí dentro?

EDUARDO. Como en la otra habitación.

Juan abre el armario en cuestión y descubre el televisor.

EDUARDO. No os lo dije. Sabía que no me lo dejaríais mirar. Acércame el mando.

JUAN. No.

EDUARDO. Por favor.

JUAN. No. Quema el cerebro.

EDUARDO. Eres como mi hijo. Lo mismo dice mi hijo.

JUAN. Su hijo dice muy bien.

EDUARDO. Quema el cerebro.

JUAN. Me pregunto quién manda en su casa.

EDUARDO. Mi mujer. Y mi hijo repite todo lo que dice mi mujer. Por favor.

Juan deja la pistola en la mesa. Enciende el televisor y cambia rápido de canal. Encuentra uno donde no emiten noticias.

EDUARDO. ¿Qué es eso?

JUAN. Un documental.

EDUARDO. Un documental.

JUAN. De caracoles.

EDUARDO. ¿Caracoles? El animal favorito de Eddy. Sube el volumen.

Un cambio ha acontecido en Juan y es ahora Eddy quien sube el volumen del televisor mientras su padre le sigue hablando como si estuvieran reposadamente en el salón de su casa.

«Antes de que llegue el otoño, la mayoría de los caracoles cubren sus conchas con el epifragma, una fina membrana que les resguardará de la desecación. Así es como estos moluscos se preparan para invernar...»

Eddy permanece absorto.

EDUARDO. A mí me parecen repugnantes. No sé cómo pueden gustarle a nadie. Hay gente que se los come. Asqueroso.

JUAN (como EDDY). Increíble.

EDUARDO. No sé por qué...

JUAN (como EDDY). ¿Por qué qué?

EDUARDO. ¿Qué es lo que les ves?

JUAN (como EDDY). ¡Mira eso!

«En esta ocasión, la concha de este pariente lejano del caracol terrestre no contiene ningún molusco, sino un crustáceo. Este nuevo protagonista se llama cangrejo ermitaño o paguro y vive en el interior de los caparazones vacíos de los caracoles de mar. Atención, aquí lo tienen, saludando a cámara.»

JUAN (como EDDY). ¡Cambia de concha!

EDUARDO. Cambia de inquilino.

«Por lo general, el cangrejo ermitaño busca conchas vacías que habitar. En esta ocasión, observamos un fenómeno bastante infrecuente. El cangrejo ermitaño ataca al anfitrión de la concha deseada para después extraer su cuerpo segándolo con la tenaza.»

JUAN (como EDDY). Genial. ¿Me acercas la pastilla, por favor?

Eddy coge el frasco del neceser y se lo tiende a Eduardo.

EDUARDO. Vaya asesinos. Gracias.

Eduardo ingiere otra cápsula y Eddy regresa enfrente del televisor.

JUAN (como EDDY). Nunca he tenido animales en casa.

EDUARDO. A Isabel no le gustan. Los ve todos iguales. Todos blancos. Excepto los zorros y los orangutanes. Pero ni los zorros ni los orangutanes son muy domésticos que digamos. Buenas noches.

JUAN (como EDDY). Buenas noches.

Eduardo se duerme.

«La anémona es una actinia que vive en solitario. Repta por el fondo marino. En apariencia inofensivas, las anémonas poseen un fuerte instinto territorial

que puede conducir las al canibalismo. Esta anémona ha escogido la concha de un cangrejo ermitaño para darse una vuelta como dama en calesa. Su relación con el cangrejo ermitaño es uno de los ejemplos más paradigmáticos de simbiosis animal en el reino animal...»

La puerta del pasadizo se abre lentamente y penetra un jirón de penumbra amordazado en rojo. Es Mister M. Se acerca sigilosamente a Juan por la espalda y le golpea en el cráneo con la culata de una pistola. Recoge la pistola y el cuchillo de Juan de la mesa y coloca una cámara de vídeo encima de la tele. Y graba. Se prepara para asestarle el golpe de gracia cuando Eduardo se despierta.

EDUARDO. ¿Quién...?

A pesar de estar el televisor encendido, Eduardo no distingue la sombra de Mister M en la oscuridad. Mister M mantiene a Juan encañonado. Eduardo vuelve a acostarse. Y entra Tomás. Lo primero que ve es el televisor, que le deslumbra y le impide discernir a Mister M.

TOMÁS. ¿Y esa tele?

Mister M apaga el televisor.

TOMÁS. ¿Eh?

MÍSTER M. Has tardado tanto...

Tomás saca la pistola.

MÍSTER M. Ni se te ocurra. Te estoy apuntando. ¿Estaba el coche donde lo dejaste?

TOMÁS. ¿Están...?

MÍSTER M. ¿... muertos? No. Si te sirve de consuelo, todavía no. Tu compañero está KO. Y Benavides también, a su manera, con sus pastillas. Ahora me toca a mí: pregunta por pregunta. El coche. ¿Estaba?

TOMÁS. No.

MÍSTER M. Vaaaaya. ¿Quién te lo habrá robado? Deja la pistola al suelo. Con cuidado.

Tomás obedece. Eduardo se agita en sueños. Mister M lo observa de soslayo. No se ha despertado. Vuelve a Tomás.

TOMÁS. Entonces, no es ninguna broma de Isabel.

MÍSTER M. ¿Te parezco una broma? El cuchillo.

Tomás repite la operación con el arma blanca. Al mismo tiempo, sin que lo vean, Eduardo se desliza fuera de la cama muy lentamente, se dirige hacia la puerta.

MÍSTER M. Mucho mejor. Vamos aprendiendo. Ahora quítate un zapato, el que prefieras, te dejo escoger. ¿El derecho? Bien. Quítate el calcetín. ¿El derecho también? Muy bien. Apretújalo fuerte, que quede bien comprimido. ¡Guay! Métetelo en la boca. ¿Estás sordo? Venga, es para hoy. No te lo pienses tanto. Y no me obligues a dispararte, no voy a pensármelo tanto como tú.

Tomás se introduce el calcetín en la boca.

MÍSTER M. Date la vuelta. Las manos atrás.

Mister M saca un rollo de cinta aislante de un bolsillo.

TOMÁS. Si quieres matarnos, hazlo de una vez.

MÍSTER M. Hay tiempo.

Mister M ata a Tomás por las muñecas y los tobillos. Después le amordaza con el calcetín en la boca.

MÍSTER M. ¿Y usted puede saberse adónde va?

Míster M enciende la luz de la habitación y descubre a Eduardo. Por primera vez contemplamos a Míster M con claridad. Viste un abrigo largo, pantalones y botas negros de piel y un enorme pañuelo rojo enroscado al cuello. Asimismo, sorprende que demuestre una visión tan prolija a pesar de llevar gafas oscuras.

EDUARDO. ¿Quién es? ¿Qué quiere?

MÍSTER M. Míster M. Mataros.

Empuja a Tomás, que cae al suelo.

EDUARDO. ¡Tomás! ¡Haz algo!

Tomás no puede moverse.

EDUARDO. ¡Juan!

Míster M recoge las armas de Tomás y se acerca a Juan.

MÍSTER M. Venga, Juan. No quiero que te lo pierdas.

Le abofetea.

JUAN. Mierda. *(Reconoce a Míster M, que le apunta con dos pistolas.)* ¡Mierda!

EDUARDO. ¡No me mate!

MÍSTER M. Paciencia, también habrá tiempo para gritar.

EDUARDO. ¡No, por favor, no!

MÍSTER M. ¿No quiere reunirse con su amante? Sí, en efecto. Ha oído bien. Yo nunca miento. No tengo esa necesidad: puedo matar. Me habían dicho que le gusta mucho preguntar, Benavides. Esta vez sólo escucho sus silencios. Espero sus preguntas. ¿No? De acuerdo, pues...

EDUARDO. ¿Por qué?

MÍSTER M. ¿Por qué? Por cinco millones y un crucero alrededor del mundo. Me encanta navegar.

EDUARDO. ¡Puedo darle más, mucho más! Deje que me marche y se lo daré...

MÍSTER M. No soy ningún aficionado.

EDUARDO: ¿Pero quién...?

MISTER M. Su mujer.

EDUARDO. ¿Isabel?

MÍSTER M. Yo nunca miento, Benavides.

EDUARDO. No puede ser... No me lo creo... Ah, sí, claro, mi mujer me envía fuera de casa con dos guardaespaldas para protegerme de un maníaco y cuando ya me tiene bien lejos envía un asesino para que acabe conmigo, ¡claro! ¡Usted es el loco de los anónimos! ¡Y ahora quiere volverme loco a mí! ¡Está loco de remate!

MÍSTER M. Pregúntele a estos sabuesos. Ellos le responderán. Pídale cuáles eran sus instrucciones.

EDUARDO. Protegerme.

MÍSTER M. (A Juan.) Ayúdale.

Juan calla.

MÍSTER M. Disculpa. (Se quita las gafas oscuras.) Sí, te lo digo a ti.

JUAN. ¿Qué?

MÍSTER M. Ayúdale... Vuestras instrucciones. Cuáles eran.

JUAN. Mantenerlo alejado de la empresa el tiempo necesario...

MÍSTER M. ... para llevar a cabo las gestiones definitivos...

EDUARDO. ¿Qué gestiones definitivas?

MÍSTER M. Las de la empresa. Para hundirle.

EDUARDO. ¿Para hundirme? No me haga reír. Llevamos tres días fuera. Sólo tres días. ¿Tres días para hundir mi imperio? ¡Estupideces! ¡Falso! ¡Maníaco! No me haga reír, de qué manicomio se ha escapado usted...

MÍSTER M. Dos años.

EDUARDO. ¿Dos años qué?

MÍSTER M. Dos años.

EDUARDO. ¡Dos años qué!

MÍSTER M. Benavides, lleva dos años firmando en su fabuloso despacho de ciento cincuenta metros cuadrados su propia sentencia de muerte. Día tras día. Ahora no nos interrumpa más. *(A Juan.)* Prosigue.

JUAN. ¿Qué?

MÍSTER M. ¿Alejarlo de la empresa y?

JUAN. Mantenerlo incomunicado.

MÍSTER M. ¿Y?

JUAN. Eh... Esperar.

MÍSTER M. ¿Esperar qué?

JUAN. La orden de acabar con él.

MÍSTER M. ¡Bingo! ¿Ha oído bien? Qué estúpidos. Cabezas de turco de un complot que os queda demasiado grande.

EDUARDO. No entiendo nada.

MÍSTER M. Acaban de ser declarados oficialmente muertos por la prensa. Los tres, muertos. Un accidente de tráfico. Ellos dos, como presuntos secuestradores. Saldrá en la próxima edición de todos los telediarios del país.

TOMÁS. ¡Falso!

MÍSTER M. Si se me permite la broma, vengo a corroborar la versión oficial.

EDUARDO. Isabel...

MÍSTER M. Aclarado.

JUAN. Los del accidente no somos nosotros. Lo descubrirán.

MÍSTER M. Ingenuo. El dinero lo puede todo. *(Guiña el ojo a Eduardo.)* Salvo excepciones. *(Abre el minibar.)* Vaya, alguien se dedica a saquear el scotch whisky del motel. Bueno. Tendrá que ser un martini rosso. *(Se prepara una copa.)*

EDUARDO. ¿Pero han muerto tres personas de verdad?

MÍSTER M. Muchas gracias, pensé que nadie apreciaría ese minúsculo logro en la coherencia. En ocasiones, para matar a una persona hay que terminar con unas cuantas más, llamémosles personas periféricas. Por lo general, inocentes, pero a veces se trata también de algún que otro guardaespaldas de pacotilla...

EDUARDO. Eres un psicópata. Isabel no podría consentir...

MISTER M. Isabel consiente tanto...

JUAN. ¿También te la has...?

MÍSTER M. Tengo entendido que es la norma de la casa, ¿no?

EDUARDO. ¡Cabrón!

MÍSTER M. Mejor una mujer casada que no un hermano ¿no, Eduardo?

Eduardo, atónito, no responde.

EDUARDO. Quiero hablar con Isabel.

MÍSTER M. Parecían tan entusiasmados... Isabel y su hermano. El hermano de usted, no el de Isabel, que es hija única, lo sé. ¿Conocéis a Zen, verdad? Últimamente corría mucho por la casa, le comentaba usted a su mujer hace relativamente poco, ¿no, Benavides?

EDUARDO. Qué tiene que ver Zen...

MÍSTER M. Quién prefieres que te responda...

EDUARDO. ¿Qué tiene que ver mi hermano en todo esto?

MÍSTER M. Después de la muerte de Gabi, su hermano me confesó su miserable vida. La proximidad de la muerte es lo que provoca, ansias de protagonismo.

EDUARDO. ¿Cómo?

MÍSTER M. Después de la muerte...

EDUARDO. ¡Ya te he oído! ¿Qué tiene que ver mi hermano con la muerte de...?

MÍSTER M. ¿Todo?

EDUARDO. Necesito un cigarrillo.

MÍSTER M. Ahora no, estamos trabajando. A ver qué hora es, sí, aún hay tiempo, aún falta para y media. ¿Quieres saber cómo fue? ¿Sí?

Míster M se acerca a Tomás y se sienta sobre su costado con una nueva presencia: se ha transmutado en Zen, el hermano de Eduardo.

MISTER M (como ZEN). Angelito, no te agites tanto, ¿sabes que ese hombre de las gafas oscuras que está ahí con la cámara quiere matarte? No me digas que no te has dado cuenta. ¿Te has visto? Estás hecho un asco. Una mierda. ¿Te ha hecho daño? No era mi intención, no. Mi intención era matarte tan rápido que sólo te dieras cuenta de que no estás vivo cuando ya estuvieras muerto. En cambio, he preferido hacerle caso, él me he pedido que no fuera tan rápido... Que esperara. La cámara es cosa mía, ya conoces mi devoción por grabarlo todo. Inmortalizar. Es esencial. Primordial. Quería tratar contigo de un asunto que nos concierne a ambos. A ti y a mí. Ese ojo morado tiene muy mala pinta. Que feo estás. Déjame que te dé la vuelta. (*Gira a su víctima del otro lado y vuelve a sentarse encima.*) Así estás más guapo. Espera que me coloque bien. Ahora. ¿Estás cómodo? El asunto es, angelito, que puedes dar a Eduardo

por muerto. Y tú también puedes darte por muerto si... no aceptas lo que voy a ofrecerte. Tu última esperanza. Es muy fácil. Tanto como decir sí. Quédate conmigo. Renuncia a Eduardo y quédate conmigo. Con mi parte de beneficios, podremos vivir donde queramos. Como queramos. Convertir todos nuestros deseos en realidad. Pintaré paisajes desde la galería abierta al mar de nuestro dormitorio y tú yacerás en la cama, arremolinado como un gatito entre las sábanas, qué digo un gatito, un tigre, mi tigre, descansando como el cielo antes de que la tormenta me cabalgue de nuevo, sé que lo haces tan bien... que te quiero. Quédate conmigo. Tu última esperanza.

Tomás, o posiblemente Gabi, emite un sonido gutural. Zen le retira la cinta aislante y le quita el calcetín de la boca con cuidado de no pringarse de baba. Gabi tose.

MÍSTER M (como ZEN). ¿Decías?

Gabi le escupe en la cara.

MÍSTER M (como ZEN). Eso no me ha gustado nada...

TOMÁS (como GABI). ¡Hijo de puta! ¡Te daría con un hierro por el culo!

MÍSTER M (como ZEN). *(Vuelve a colocarle el calcetín en la boca.)* ... nada, nada, nada, nada. Pero no nos precipitemos. Piénsatelo con calma. No eres un hombre de negocios; Eduardo, sí. No compartís el mismo mundo... ¡jamás! Huy, el qué dirán, Eduardo nunca podría con el qué dirán, le gusta demasiado el poder, y el poder está ligado a la reputación y la reputación está ligada a todos los coños, pero nunca puede ir ligada a una sola polla, nunca. ¿Comprendes lo que quiero decirte? Con él, no tienes futuro. Conmigo, sí. Todo el futuro. Soy un artista. Un depravado. Puedo permitirme todas las desviaciones que quiera. Encarecen mi caché. Quédate conmigo. Viviremos juntos. Tu última esperanza es la primera de una nueva vida...

Zen le retira el calcetín de la boca. La expresión de Tomás es aterradora.

MÍSTER M (como ZEN). *(De nuevo, el calcetín a la boca.)* Qué lástima.

En el instante en que se incorpora, Zen se esfuma y Mister M vuelve a manifestarse en toda su dimensión. Y ríe. Es la risa del asesino.

MÍSTER M. No sufrió demasiado. Pasó mucho miedo, eso no voy a negarlo. Negarlo sería mentir. Pasó mucho miedo.

Silencio.

MÍSTER M. ¿No me va a pedir cómo fue? ¡Fue guay!

Silencio.

MÍSTER M. Zen parecía tan afectado después. Regresamos juntos en su coche. Le manché toda la tapicería. Estaba tan afectado que me explicó su vida. Lloraba. Bastante patético. Sus miserables experiencias. La que más le dolió fue la primera que recuerda. Todo lo anterior, lo ha borrado. Eran pequeños, niños...

EDUARDO. No sabíamos lo que hacíamos...

MISTER M. Usted le tocaba.

EDUARDO. Somos hermanos. Es normal que...

MÍSTER M. Un día el pequeño Zen se enfadó con usted. Le pegó. Pobre Zen. Él...

EDUARDO. ... sudaba.

MÍSTER M. Sudaba mucho. Su piel era como agua. Le cogió...

EDUARDO. ¡No!

MÍSTER M. Le prendió por la cintura y...

EDUARDO. ¡No!

MISTER M. Zen me confesó que siempre había estado enamorado de usted. Por eso siempre ha recelado de todo lo que poseía. Se lo quería quitar todo. Se lo ha querido quitar todo. Siempre. Me lo contaba en el coche con las manos empapadas de sangre.

EDUARDO. Le hice daño. Mucho. Y él no apartaba sus ojos de los míos. Debí haberle matado entonces que podía. Necesito estar a solas... ¿Puedo ir al cuarto...?

MÍSTER M. Por supuesto.

Eduardo se encamina hacia el cuarto de baño.

MÍSTER M. Le animo a que pruebe suicidarse.

Se sienta a la mesa y sorbe un trago de martini rosso.

MÍSTER M. Lo colgué. Y aún vivo, le metí un punzón de hierro. Por el culo.

Eduardo entra en el cuarto de baño. Cierra la puerta. Un silencio. Y después gritos, ahogos, llantos, lágrimas, rabia y un nombre de muerto en el interior del cuarto de baño. Míster M ríe. Tomás logra escupir el calcetín.

TOMÁS. Acabaremos contigo.

MÍSTER M. ¿Qué has dicho?

TOMÁS. Acabaremos contigo.

MISTER M. ¿Apuestas? Cuando salga Benavides, si sale, comenzamos. Si no se ha dado él mismo el disparo de salida, nunca mejor dicho. ¿Benavides?

Eduardo sale del cuarto de baño.

EDUARDO. Isabel no puede haber tramado todo esto... Tanta maldad...

MÍSTER M. Ahora me contará que usted es un santo.

EDUARDO. No lo soy, pero ella... No sabe qué tipo de monstruo ha contratado.

MÍSTER M. Sí lo sabe. Dos años, recuerde.

EDUARDO. No puede ser...

MÍSTER M. Hace dos años su hijo cumplía los doce...

EDUARDO. Ella me recibió, en el salón, la partida de ajedrez. Siempre vestida de rojo. Sentada, vestida de rojo en el sofá blanco. En el salón blanco. En la casa blanca. Con detalles rojos, diminutos, esparcidos por aquí, por allá. Todo blanco. La casa convertida en tal como ella veía la realidad. Blanca y roja. El tablero de ajedrez era blanco y rojo. Y las piezas. Una obra de arte única. Ella, con los rojas. Yo iniciaba la partida. La mayoría de las veces terminábamos en tablas. A menudo, una partida duraba una semana entera. Jugábamos con reloj. Al final de la partida, ella había ganado, cogió el rey blanco para retirarlo del tablero y se quedó pensativa con la figura en el puño cerrado y dijo «Se gana cuando se mata al rey. Y la reina se lo mira. Qué juego más estúpido. ¿Verdad?» Me sorprendieron sus palabras. Le propuse no jugar más. Fue la única vez que se lo propuse. Ella dijo que no, que estaba bien, que se divertía. Sí. De esto hace dos años. Exactamente dos años.

MÍSTER M. Sí. Ha jugado dos años más a ese juego que se reveló estúpido en el doceavo aniversario de su hijo. Está a punto de ser y media. Vamos a empezar.

EDUARDO. Cuántas formas de maldad pueden existir.

TOMÁS. Necesito ir al cuarto de baño.

MISTER M. No será una treta. No tendrás ocasión. Te acompaño. Los otros ni os mováis. Dejo la puerta abierta así que atención.

Míster M entra con Tomás en el cuarto de baño.

EDUARDO. Aún con el rey en su puño, follamos como salvajes.

Juan le observa en silencio. En su mirada, los ojos del niño.

EDUARDO. Nunca habíamos follado tan bien. Me dijo que lo había visto todo rojo, rojo, tan rojo como la primera vez... Le dije que había sido por la pasión con que habíamos hecho el amor. Me corrigió:

EDUARDO (como ISABEL) No hemos hecho el amor: he hecho el amor.

JUAN (como EDDY). Os miraba. Me dejasteis miraros. Como regalo de aniversario. Creo que es la vez que mejor hicisteis el amor.

EDUARDO (como ISABEL). Tenías tú doce años recién cumplidos y tu padre estaba en mi puño. No hicimos. Hice.

JUAN (como EDDY). ¿Por qué dices eso?

EDUARDO (como ISABEL). Porque lo hice yo sola. Yo hice el amor. Sola. Para mí, tu padre ya estaba muerto.

Zen entra en la habitación. Camina del brazo de Marturio. Entran con prisa, como si acabaran de acordarse de algo vital.

MÍSTER M (como ZEN). ¡Debe estar a punto! ¿A qué hora dijo que empezaría?

EDUARDO (como ISABEL). A y media.

MÍSTER M (como ZEN). Huy, ¿a y media? ¡Eso es ya!

TOMÁS (como MARTURIO). Sí... ¿Por quién empezará?

JUAN (como EDDY). Por el guardaespaldas bajito, ino me gusta nada!

MÍSTER M (como ZEN). ¿Nos llamará enseguida?

EDUARDO (como ISABEL). En cuanto acabe.

MÍSTER M (como ZEN). ¡Tengo ganas de ver la cinta! ¿Y las copas?

EDUARDO (como ISABEL). Hijo, trae unas copas.

JUAN (como EDDY). ¿Donde están?

EDUARDO (como ISABEL). Pídelas en la cocina.

JUAN (como EDDY). ¡Esperadme, eh!

Eddy sale.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Y el champán, hijo! (A los presentes) Qué paciencia he tenido, Virgen Santa. Dos años.

MÍSTER M (como ZEN). Por fin ha llegado el momento. ¡Todo lo suyo, nuestro!

EDUARDO (como ISABEL). ¡Tres minutos! ¡Pon música, querido!

TOMÁS (como MARTURIO). Esta noche, todos tus deseos...

MÍSTER M (como ZEN). ¡... realidad!

Marturio enciende la radio. Suena un aria.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Sublime! (*Hace playback sobre la canción.*) Cariño, tú siempre tan acertado...

Entra Eddy con cuatro copas y una botella de champán.

JUAN (como EDDY). Ayudadme que se me caen.

EDUARDO (como ISABEL). (*Le coge una copa.*) ¡Ay, qué torpón!

TOMÁS (como MARTURIO). (*Le coge otra copa.*) ¿Brindamos?

MÍSTER M (como ZEN). ¡Un momento, un momento!

Zen le coge otra copa a Eddy.

JUAN (como EDDY). Coge la mía también, si no no puedo abrir la botella.

Zen coge la copa de Eddy.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Venga! ¡Brindis!

JUAN (como EDDY). Vamos allá.

Eddy abre la botella de champán. El tapón sale disparado. Todos se muestran entusiasmados.

TOMÁS (como MARTURIO). Primero tu madre.

Eddy sirve a su madre. A continuación, su tío, a quien le llena las dos copas y, finalmente, a Marturio.

TOMÁS (como MARTURIO). Por ti, Isabel.

EDUARDO (como ISABEL). Gracias, cariño, no quería ser yo quien lo dijera... ¡Es broma! No. Por todos nosotros... Ah, disculpad, es una tontería...

Saca una pieza de ajedrez de un bolsillo. El rey. El rey blanco. Isabel la zambulle en su champán. La copa se tiñe de un rojo intenso. Isabel alza la copa. Los demás la siguen.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Por la muerte del rey!

Todos repiten el brindis y beben.

EDUARDO (como ISABEL). Qué rico.

MÍSTER M (como ZEN). (*Muestra un sobre.*) ¡Un regalo!

EDUARDO (como ISABEL). ¿Para mí?

MÍSTER M (como ZEN). ¡Para ti!

EDUARDO (como ISABEL). ¿Qué será? ¡Muchas gracias, Zen! ¡Mi cuñado favorito!

MÍSTER M (como ZEN). ¡Tu excuñado favorito!

Isabel abre el sobre con urgencia. Dentro hay un papel.

EDUARDO (como ISABEL). ¡No me digas!

Isabel se emociona visiblemente.

EDUARDO (como ISABEL). ¡Zen!

JUAN (como EDDY). ¿Qué es?

MÍSTER M (como ZEN). El certificado de defunción de tu padre. Parada cardiorrespiratoria, accidente de tráfico, quemaduras de tercer grado en el cien por cien de la piel, bla, bla, bla... ¡Ya es oficial!

EDUARDO (como ISABEL). ¡Gracias! Ay, no quiero llorar. ¡Gracias, muchas gracias!

MÍSTER M (como ZEN). ¡Quiero más champán!

JUAN (como EDDY). Sí que está rico, sí.

Llena la copa de su tío.

MÍSTER M (como ZEN). Esta noche te retrataré en un cuadro exquisito... (*Besa a su ganímedes en los labios.*) Tendrá la textura de tus nalgas, tu manera de besar...

Zen coge la botella y se sirve más champán. Mientras tanto, Marturio toma a Isabel por la cintura.

TOMÁS (como MARTURIO). ¿Eres feliz?

EDUARDO (como ISABEL). Sí.

JUAN (como EDDY). (*Aparta a su tío de un empujón.*) Esta noche no. Es la noche de mi madre. (*Se acerca a su madre.*) ¿Madre?

EDUARDO (como ISABEL). ¿Qué?

JUAN (como EDDY). Bésame.

Madre e hijo se besan.

JUAN (como EDDY). Te quiero.

EDUARDO (como ISABEL). Yo también te quiero.

El beso se alarga. Marturio sigue prendido de la cintura de Isabel. Sonríe y sostiene sus copas mientras se besan.

MÍSTER M (como ZEN). ¡Marturio, una cámara de fotos!

TOMÁS (como MARTURIO). Ahora no, Zen.

MÍSTER M (como ZEN). ¡Para la inmortalidad!

Marturio se separa de Isabel.

TOMÁS (como MARTURIO). Disculpad. Zen, mira en la oficina del segundo piso. A ver, espera, te acompaño.

Zen y Marturio salen por donde han entrado. Isabel y Eddy les miran marchan t ríen.

JUAN (como EDDY). Nos hemos adelantado: ¡ahora son y media!

Y restalla el disparo. La música se interrumpe de golpe. La risa de Isabel y su hijo trueca repentinamente en sus rostros y la desesperación se apodera de Juan y Eduardo. Juan cae al suelo de rodillas y Eduardo permanece con la mirada hundida en el umbral del cuarto de baño. Mister M aparece en el quicio de la puerta cubierto de sangre.

MÍSTER M. ¡Maldito! ¡Cómo ha salpicado!

JUAN. ¡Hijo de puta!

Mister M apunta a Juan con la pistola. Eduardo se arroja sobre Mister M pero éste le descarga tal golpe con la culata a Eduardo que se estrella contra la pared. Juan corre hacia el cuarto de baño. Mister M sonríe. Juan se detiene en la puerta, sacudido por una súbita arcada. Se apoya en la pared. Mister M ríe. Y Juan apaga la luz de la habitación.

MÍSTER M. ¡Joder!

Juan estrella una silla contra Míster M. Míster M cae al suelo. Juan enciende la luz.

JUAN. ¡Quieto!

Apunta a Míster M con la pistola.

MÍSTER M. Si quieres matarme, no te lo pienses. Cada segundo que pierdes juega en tu contra.

JUAN. Calla. ¡No te muevas! Benavides, quítale la pistola de la chaqueta. Quítale las pistolas. ¡Y los cuchillos!

Eduardo registra a Míster M y arroja los cuchillos. Se detiene con la segunda pistola en la mano. Mira por la ventana. Y sonrío.

EDUARDO. Está amaneciendo. Un nuevo día. Y se ve el mar.

MÍSTER M. Siempre os ponéis románticos antes de morir.

EDUARDO. Pues tú no me resultas muy romántico, la verdad.

Eduardo dispara. Míster M muere. El arma cae al suelo.

JUAN. En cambio, yo a ti, sí.

Eduardo se gira. Juan está apuntándole.

JUAN. Desnúdale. Desnúdale.

EDUARDO. ¿Qué?

Eduardo desnuda a Míster M. Le quita el pañuelo rojo, el abrigo, las botas y los pantalones.

JUAN. ¿Te acuerdas del cangrejo ermitaño?

Eduardo no le entiende. Juan dispara. Eduardo muere. Juan se desnuda y se viste como Mister M. Se coloca las gafas oscuras y hace el ademán de dirigirse hacia el cuarto de baño pero en el último momento retrocede y se arregla en el reflejo del televisor.

JUAN. (Al acabar de arreglarse.) ¡Guay!

Ve la cámara encima del televisor, la sopesa y, en el umbral de la puerta, antes de abandonar la habitación, baja el interruptor de la luz y, como una última sombra a contraluz, apaga la cámara...

ÚLTIMA SOMBRA. Stop.

... y cierra la puerta.

Termina la función.

La Loba de Francia da tres palmadas. De su séquito, se espera que aplauda.

